

Rainy Day Women

K

Hay un sol que aparece con timidez en el día lluvioso. Como pidiendo permiso para incorporarse a la sobremesa que mantengo con **K**.

Me cuenta que atraviesa una crisis existencial, porque se acerca a los treinta y no tiene nada hecho. Es una mujer preciosa: por decirlo en lenguaje comprensible, está buena y lo sabe. Curiosa frase ésa de estar buena. Uno nunca sabe si se refiere a la salud o a ser buena para sabe Dios (y todos ustedes) qué. Pero una crisis por acercarse a los treinta es algo que me produce risa y así se lo digo. ¿A qué se refiere con no tener nada hecho? Ciertamente es que no tiene empleo fijo, va de contrato temporal en contrato temporal y tampoco mantiene una relación estable. Pero está empezando a vivir, apenas lleva cuatro días en este planeta. Planeta en donde Steady acaba de poner música de blues, mientras ella me replica que nada tiene que ver la edad para dejarse colonizar por el abatimiento. "El tiempo es una ilusión, yo llevo treinta años perdiendo la ilusión". El sol se esconde de nuevo, la lluvia reaparece haciéndole los coros al blues, repiqueteando, haciendo su trabajo, cayendo sobre el río, lloviendo sobre mojado, como parece llover la amargura sobre el alma de **K**. "Con las depresiones de estas me hago yo tirabuzones" me apunta Brönte en un momento en que **K** se despista. Parece darme a entender, o recordarme, lo que ya sé, que ella sí que es una mujer que ha pasado por demasiadas cosas y se ha hundido tantas veces que "estas tonterías de niñas" (sic) la traen al paio. Yo creo, no obstante, que por estos días tampoco ella anda muy boyante, porque se ha cambiado el color del pelo y eso en una mujer siempre es indicativo. "Querré una camarera con el pelo azul cuando sirva filetes verdes", protesta Steady, un poco para fastidiarla, y ella le replica que no le haga contar de qué color son a veces los bistecs.

Mientras Steady la llama al orden y a la cocina (porque si de algo presume mi barman es de ser sanitariamente impecable), **K** me vuelve a hablar de lo que significa colocarse en la vida. Está en los treinta y aún no ha tomado ninguna de las grandes decisiones, entre las cuales cita casarse, ser madre... Brönte sale ahora con cara de ir inmediatamente a conseguirse una pancarta en pro de la libertad de expresión capilar. Es verdad, tiene que haber libertad para

eso, pienso, para todo tipo de cambio decorativo. Cambiamos nuestro exterior porque el interior es prácticamente invariable. Podemos tener, como **K** tiene, una perfecta carita de ángel, pero el ser que le vive dentro, ángel o demonio, solamente ella lo conoce. Y quizá le gustaría que hubiera una cosmética para aderezar a ese monstruo interno, barras de labios para las fauces, maquillaje para el demonio interior, liftings contra las arrugas del alma. Puede que tengamos o no un ángel de la guarda. Lo que si tenemos seguro es un ángel guardado, un ángel que puede que sea negro y rebelde, que sólo mande en nosotros cuando dormimos, pero que el resto del tiempo siga ahí, mostrándose a veces dócil y a veces indómito, en función de aquello que llamamos estado de ánimo. "La edad es un estado de ánimo" le digo a **K**, por colocar frase. "Y tú me estás pareciendo una viejecita hoy", añado por remacharla. No quiero detenerme en filosofar cuando una cara tan hermosa se oscurece. **K** recupera una sonrisa para iluminar su cara de ángel, pero efectivamente, hoy no tiene un día bueno. Las nubes están colonizando su mente, seguramente a través del blues, esa música de la tristeza que nos entra a los dos por la piel y los oídos. Y me dejo llevar por esa mullida autocompasión en la que nos introducen el blues y la lluvia, mientras la tarde progresa hacia el ocaso. Luego **K** me mira desde mas allá de su sonrisa, para enseñarme la hermosa forma en que un eclipse de sol da inicio en el lateral de sus ojos.

es.humanidades.literatura
20 mayo 2004